

Mariano Yela  
*Universidad Complutense de Madrid*

## ¿Objetos con mente?

Se me pide un comentario sobre el libro de Ángel Rivière *Objetos con mente*. Es como invitarme a un suculento banquete, como el que celebró Sócrates con sus amigos. Así que, manos a la obra.

Pero veo que me sucede lo que a Lope de Vega con el soneto que le mandó hacer Violante: que «en mi vida me he visto en tal aprieto». Comentar el libro de Rivière exige tiempo y reflexión. Yo no dispongo ahora de tiempo y no sé si con él sería capaz de una reflexión pertinente. El texto de Rivière es excepcionalmente claro y, a la vez, profundo, abarcador y difícil. Para comentarlo con algún rigor habría de repasar la copiosa bibliografía a la que él recurre y que él resume, analiza y critica de forma certera y perspicaz. No lo puedo hacer ahora. No tengo holgura para dejar sedimentar mi escrito, como pedía Horacio, ni para darle ese último sobo que reclamaba Ortega. Espero hacerlo algún día.

Tal vez lo sensato sería terminar aquí mi comentario y limitarme a decir que el libro de Rivière es eminente. Muestra, en grado inusual, agudeza y arte de ingenio, información amplísima, rigurosa instalación en un nivel de competencia a la altura del más avanzado pensamiento psicológico actual. A lo que se añade ese estilo peculiar al que nos está acostumbrando desde su tesis doctoral y su ensayo sobre *El sujeto en la psicología cognitiva*. Sospecho que tal estilo consiste en el uso de la palabra en tres registros que se entrelazan e interfecundan: el rigor, la gracia y el juego, que obligan a reflexionar, al tiempo que nos deleitan. Cosa insólita en los escritos científicos.

Aquí debiera, como dije, terminar mi comentario. O, como mucho, añadir que espero que el libro se traduzca pronto a otros idiomas para ilustración y enseñanza de los psicólogos en los diversos confines de nuestro planeta. La obra es otro síntoma más de que en España se están alcanzando cotas de vanguardia en la investigación y la reflexión psicológicas.

Dicho esto, y aunque me dé perfecta cuenta de que no puedo ofrecer un comentario mínimamente suficiente, creo que no debo eludir por entero la invitación. A reserva de justificar en otro momento y con más cuidado mis observaciones, vayan, por lo que valgan, mis ocurrencias primeras, apresuradas y, como se dice de ciertas fincas, manifiestamente mejorables.

El meollo del libro está en el título: *Objetos con mente*. ¿No es algo así como un juego de conceptos y palabras, un tanto deliberadamente contradictorio y un mucho ingeniosamente provocativo? ¿Acaso los objetos con mente son, sin más ni más, *objetos*? ¿No serán, más bien, *sujetos*? El que sea posible, como Rivière y yo creemos, una indagación objetiva de la mente, ¿equivale eso a convertir al sujeto en mero objeto? El estudio objetivo de la mente ¿puede terminar en una explicación *mecanicista*, que transforme al sujeto en objeto, aunque sea en la forma de una máquina «abstracta» de computación de símbolos o de tratamiento de la información o, con más fundamento empírico, en un sistema com-

putacional que resulte, como efecto causado en un plano mental, de conexiones extensionales entre redes de neuronas?

Entiendo, por mi parte, que un objeto que tiene mente es una realidad en la que acontecen fenómenos dotados de *intencionalidad*. Cualquiera que sea la explicación de la intencionalidad o de los procesos que en ella acontecen, no cabe eliminarla, ni en la «psicología natural», que tan escrupulosamente describe el autor, ni en ningún tipo de psicología. Si se la elimina, desaparece lo mental y desaparece la psicología. Al menos, si por psicología se entiende, como unánimemente admiten los psicólogos, la ciencia que trata de asuntos como percibir, pensar, creer, desear, proyectar o decidir. ¿O es que alguien, cualquiera que sea su modo de explicarlas, ha negado que se den esas funciones? Y, si se dan, a la psicología compete estudiarlas. La alternativa es reconocerlas y abandonarlas, es decir, admitirlas y resignarse a no estudiarlas científicamente.

No lo ha hecho ni el más estricto y estrecho conductismo, como creo haber mostrado en otros lugares, alguno de los cuales Rivière gentilmente cita. El conductismo no niega esos fenómenos, lo que intenta es dar razón de ellos (y dar razón es una función mental) mediante conexiones empírica y experimentalmente comprobables entre estímulos y respuestas. Lo que sucede, si bien se mira, es que los estímulos y las respuestas del conductismo, en tanto que integrantes de la conducta identificable, repetible y susceptible de estudio, son, a fin de cuentas, situaciones significativas estimulantes y acciones físicas significativas. Ahora bien, significar algo carece de significación si no se significa para nadie. Y esa relación entre el algo significado y el alguien para el que se significa —es decir, esa relación significativa entre sujeto y objeto— es precisamente lo que llamamos intencionalidad y conciencia. Si lo mental implica, en algún momento y medida, intencionalidad y lo intencional incluye la nota de conciencia, el objeto con mente es un sujeto consciente.

No hay otra posible vía para iniciar el acceso a lo mental que la de la conciencia. Si negamos la conciencia intencional, negamos la posibilidad de hacer psicología, de hacer cualquier ciencia y, sin ir más lejos, de vivir humanamente. Nada de eso, que sin embargo hacemos, podríamos hacer si no fuéramos conscientes de nada. Conviene repetirlo: no hay otra vía posible para iniciar el acceso a lo mental que la vía de la conciencia.

Lo que, como se ha comprobado, no quiere decir que, abierta, recorrida y explotada esa vía, no se muestre insuficiente, no nos obligue a descubrir y seguir otras vías. No quiere decir tampoco que todo lo mental sea consciente, ni que la intencionalidad sea atribuible a una realidad autónoma que pueda llamarse mente o conciencia y que consistiera en ser exclusivamente pura intencionalidad. La intencionalidad se revela en la acción consciente del ser vivo, al menos, del ser humano. Pero se revela como nota de la acción efectivamente realizada por el sujeto corpóreo cuando, por ejemplo, piensa o percibe, huye o ataca, ama u odia. No es la conciencia la que es consciente. La conciencia —quiero decir, la psicológica— es el nombre que damos a lo que de consciente tiene la acción, y la mente es el nombre que damos a lo que de mental incluye la acción humana. El que es consciente es el hombre, y lo es con estas dos características, al menos. Primera, es consciente de algo que no se reduce a pura conciencia, ni a pura in-

tencionalidad, ni a pura mente, sino de algo que es una propiedad de su conducta, en tanto ésta es acción significativa en el mundo espacio-temporal en que vive y se comporta. Segunda, es consciente de que no es completamente consciente de todos los componentes y procesos de su acción, ni de los expresables en términos orgánicos, que tiene que ir indagando difícil y penosamente, ni de los descriptibles en términos mentales, cuyos procesos sólo puede ir descubriendo mediante una no menos intrincada investigación.

Por todo lo cual, yo creo que el estudio de lo «psicológico» ha de hacerse examinando la conducta como acción significativa; acción que pone en marcha los recursos de que el ser vivo dispone, aunque sepa poco o no sepa nada de ellos, y que exhiben notas mentales y orgánicas. El estudio científico de lo «psicológico» ha de ser objetivo, pero no puede consistir exclusivamente en examinar objetivamente la mente, que no se da aparte de la acción, ni en examinar exclusivamente y de forma objetiva la biología del organismo, que, en la acción significativa, no se da tampoco separada de la intencionalidad mental, ni en seguir las dos vías, cada una por su lado. El estudio científico de estas cuestiones ha de consistir, a mi juicio, en comprobar objetivamente, en la conducta observable y repetible, las regularidades que muestren las acciones en relación con las situaciones ambientales a las que responden y en verificar o refutar, en esas regularidades, hipótesis sobre inferencias obtenidas de ellas o derivadas de teorías que pretendan explicarlas.

Una de las hipótesis más fecundas de la psicología actual es la que está en la base de toda la psicología cognitiva. A saber, que lo mental excede de lo consciente y que es indagable objetivamente mediante hipótesis acerca de los componentes, estructuras y procesos mentales que puedan ser sometidas, pública y reiteradamente, a comprobación objetiva en la conducta empírica y experimentalmente observable. Como muestra Rivière, no toda la llamada ciencia o ciencias cognitivas (de las que da noticia cumplida) persiguen este objetivo, ni se acomodan a esta metodología. Pero, a mi parecer, ese objetivo y esa metodología son los propios y distintivos de la ciencia cognitiva que pretenda ser psicológica, es decir, ciencia cognitiva de la conducta, metodológicamente fiel a la comprobación empírica y experimental.

Quiero decir con lo que llevo dicho que lo que es mental no es una mente concebida como programa, *software*, sistema formal de computación de símbolos o resultado eficiente de cierta actividad orgánica, que pueda, a su vez, actuar también causal y eficientemente, desde un plano autónomo, sobre los procesos somáticos, para producir la conducta. Lo que es mental —y no sólo mental— es la acción significativa del ser vivo, como sujeto psicofísico dotado de una estructura que, por lo que vamos sabiendo, procede de la evolución de la materia viva. Una rama de ese proceso evolutivo ha favorecido, al parecer, la selección de organismos con mayor capacidad de acción consciente y con creciente complejidad cognitiva y mental, características que han garantizado, al menos hasta ahora, su mayor supervivencia, permitiéndoles una mayor adaptabilidad, una mayor flexibilidad para ajustarse a diversos ambientes, un mayor control del medio en que viven, un mayor poder para modificar ese medio e inventar otros y una creciente autonomía respecto a las exigencias de los medios diversos.

El que la introspección consciente no sea una técnica suficiente, ni siquiera siempre del todo fiable, como ya vieron Wundt y James; el que, además, no sea capaz de lograr el acceso a los procesos por los que se programa mentalmente la conducta, y ni siquiera revele con claridad los procesos que intervienen en los mismos componentes conscientes del comportamiento, no quiere decir que el hombre, el científico y el psicólogo puedan prescindir por entero de esa introspección. Si se prescinde de ella por completo, y en todas sus modalidades, se prescinde de la conciencia, y si se intenta explicar la conciencia reduciéndola a otra cosa, se la destruye. Ahora bien, si se prescinde de la conciencia o se la explica destruyéndola, se elimina la conducta humana y la posibilidad de toda explicación de la misma. Explicar la conciencia, la intencionalidad, la componente mental y cognitiva de la conducta, es dar razón de ellas, no eliminarlas o sustituirlas por algo diferente. Como el agua no se reduce al hidrógeno y al oxígeno, sino que consiste en una estructura nueva, distinta de ambos y de su suma, que está ciertamente integrada por el hidrógeno y el oxígeno, pero que tiene propiedades (algunas) irreductibles a las de sus componentes.

Aquí parece oportuno recordar la distinción de Ortega entre acción y actividad. Acción es lo que el hombre hace por algo y para algo, por algún motivo y con algún fin, es decir, según mi terminología, significativamente. Como, por ejemplo, escribir este apresurado y discutible comentario. Actividad son los recursos que ponemos o se ponen en marcha para realizar la acción, muchos de los cuales ignoramos. La conducta es acción corpórea significativa. Por eso, por ser significativa pero no consistir en puras y patentes relaciones intencionales, y por ser corpórea, pero no reducirse a puros movimientos sin significación, la acción es consciente, pero sólo en parte.

Por eso mismo creo que, a pesar de las apariencias y de las polémicas múltiples, no sólo hay ruptura —que la hay— sino también continuidad entre el conductismo y la psicología cognitiva, como en efecto advierte Rivièrre y yo quiero subrayar. Y es que los dos intentan ser, a mi ver, psicología de la conducta. Quiero decir que los dos pretenden construir el mismo tipo de psicología. No defender e indagar dos supuestos planos y llenar después, ininteligiblemente, el vacío entre ellos. Más bien, partir y permenecer en un sólo plano. No mente y cuerpo, no mente computacional y organismo, paralelos o mágicamente interactuantes. Más bien, ser vivo actuando significativamente en el mundo.

Es lo que Ortega propuso con su fenomenología del yo ejecutivo. Desde esa fenomenología cabe justificar, sin reduccionismo, la psicología empírica y experimental de la conducta. Y, a su vez, esta psicología puede enriquecer y, como vio Merleau-Ponty, corregir a la fenomenología de la acción, aportando datos empírica y experimentalmente contrastados a la hermenéutica de la vida humana. No vendría mal, dicho sea de paso, que los psicólogos españoles tuvieran en cuenta, además de a Wittgestein, Turing, Ryle, Simon, Searle, Pylyshyn o Rumelhart, a pensadores como Ortega o Zubiri, que ofrecen no poca ayuda para esclarecer nuestros problemas.

Dos observaciones finales atinentes a dos limitaciones de mucha de la psicología cognitiva al uso. Me refiero a las raíces motivacionales e históricas de la conducta humana. El sistema cognitivo elabora metas —y medios para

alcanzarlas— impulsado y orientado por necesidades y motivaciones afectivamente matizadas. Es una dimensión desatendida o insuficientemente tratada en casi todas las investigaciones de las ciencias cognitivas y en no pocas de la ciencia cognitiva específicamente psicológica. La conducta del hombre tiene asimismo raíces históricas, subrayadas, como oportunamente señala Rivière, por la escuela de Vygotski. Si esto es así, como parece cierto que lo es, esos componentes no pueden ser estudiados exhaustivamente por ningún tipo de observación empírica ni experimental actualmente repetible. Lo que implica que la psicología, si bien puede ser ciencia objetiva, no puede en cambio cerrarse en sí misma si aspira a explicar —y a comprender— al hombre. La psicología, además de intentar ser una ciencia objetiva, por provisional que sea, ha de construirse de tal modo que sea compatible con una dialéctica constante entre la explicación objetiva de la conducta y la hermenéutica interpretativa de la vida humana, por muy conjetural que ésta pueda ser.

En fin, que, al final, topamos con el misterio o, como prefieren decir hoy los epistemólogos, siguiendo a Kuhn, con el enigma. La física de hoy acaba por concebir la materia como un enigma matematizable. La psicología de nuestros días termina por concebir la conducta como el enigma que supone la acción significativa del hombre, a la vez subjetivamente interpretable y objetivamente indagable.

Una nueva vía, prometedora, espléndida y apasionante, pero no sin obstáculos, es la que han abierto y están abriendo las ciencias de la computación y la psicología cognitiva. Que nos aproximan a la solución del enigma, pero que, tal vez para que no podamos aburrirnos, no lo resuelven por entero:

Que es lo que, en definitiva, viene a decir nuestro amigo Rivière en los últimos párrafos de su estupendo libro.